

TINTA PARA MI PLUMA

Luz Yenkary Peralta Jaimes

INK FOR MY PEN

Un café rancio, un cigarrillo barato y una vieja máquina de escribir. Era lo único que me acompañaba antes de conocerla. Mi vida no tenía sentido en absoluto. Solo era un hombre de 52 años que alguna vez fue un escritor reconocido, una mente brillante de su generación. Pero todo había quedado atrás, en mis años de gloria, en mi juventud. Ahora solo escribía artículos paupérrimos para un pequeño periódico regio.

Aurora Rosenzweig. Ella me cambió la vida un año atrás y yo se la acabo de cambiar a ella. Les contaré como la conocí: fue en el lanzamiento de un libro de cuentos, al que fui por complacer al único amigo que me quedaba de aquellos tiempos pasados, Roberto Ballarta, uno de los autores de dicho libro, así que fui al evento solo por compromiso.

Roberto y ella estaban hablando cerca de la tarima, después del conmovedor discurso de mi amigo. Pensé que estaba alucinando cuando la vi por primera vez porque ella iluminaba el lugar solo con su presencia, era como si tuviese un reflector sobre ella, sin que lo notase, era como una estrella brillando sola en el inmenso cielo que representaba aquel lugar.

Cuando los dos comenzaron a caminar en mi dirección, quise fundirme con la pared. Ella me movía el suelo, agitaba mi corazón, me sentí hipnotizado y avergonzado a la vez. Temía no poder articular una sola palabra si me llegase a hablar. Solo recuerdo que dijo lo siguiente cuando Roberto nos presentó:

AUTOR

Luz Yenkary Peralta Jaimes

Profesional en Estudios Literarios

Universidad Autónoma de Bucaramanga

Docente IPLER sede Sogamoso

Correo: lperalta865@unab.edu.co / yenperal@gmail.com

Recibido: 12 de marzo 2019
Aprobado: 20 de mayo 2019

-Un gusto, Aurora Rosenzweig. –su acento alemán era perfecto.

-Pacho Mendez. –dije extendiendo mi mano para tomar la que ella me extendía.

-Francisco. –aseguró.

-Sí, pero todos me llaman Pacho.

-Francisco, es su nombre. Pacho es un extraño... ¿o es Francisco el extraño? –acompañó su pregunta levantando una delineada ceja.

Esa mujer me desarmaba. En ese momento ninguno de los dos sabíamos que más adelante yo haría lo mismo, literalmente. Aurora siguió sorprendiéndome hasta el último día con sus palabras. Ella no era una jovencita de 23 años, hija de papi; todo lo contrario, Aurora hablaba con una sabiduría antigua, como la de los viejos que han visto y recorrido el mundo de norte a sur. Yo no creía en el destino, las segundas oportunidades o las casualidades, eso solo era para tontos y seguidores de la *New Age*. Ahora pienso diferente, gracias a ella.

Tres años después estábamos en mi pequeño nido, sucio y desordenado. Yo escribía con la pluma inglesa

que me había traído en unos de sus viajes por Europa con su familia, la cual me odiaba con toda la razón del mundo. Aurora estaba tan callada y tan pálida, apenas podía mantener sus grandes y brillantes ojos abiertos, mientras la vida se le escapaba entre las manos.

No, no estoy hablando de forma metafórica, Aurora se desangraba en un rincón de la estancia, manchando su hermoso vestido blanco. Ella mismo lo había escogido para ese día, sabía que de su sangre renacería una historia que cambiaría al mundo entero. Lo supo desde el principio, sí, ella sería la tinta que le daría vida a mi última obra maestra.

Antes de terminar mi frenética escritura, Aurora trató de hablar, pero solo le quedaban fuerzas para su último suspiro. Me acerqué a ella para darle un casto beso en los fríos labios, era demasiado tarde para despedirme. Detuve la escritura, no necesitaba más palabras. Firme con mi nombre: Francisco. Ese era el extraño que ideó todo el plan, el extraño que la convenció de ser la musa y un instrumento para la grandeza.

Me senté a su lado, la tomé de la mano y me uní a ella en la eternidad. No tenía remordimiento alguno, nuestra tarea había sido encomendada por los mismos dioses que la llevaron hasta mí. El punto final de nuestra obra solo era el inicio de nuestra nueva vida.